



Ciencias Sociales Online

revista electrónica

ISSN 0718-1671

URL: <http://www.uvm.cl/csonline>

Email: jgibert@uvm.cl

Ciencias Sociales Online, Marzo 2007, Vol. IV, No. 1. Universidad de Viña del Mar – Chile

EL CONFLICTO DE LA CULTURA MODERNA. REFLEXIONES EN TORNO A GEORG SIMMEL

The conflict of modern culture, reflections around Georg Simmel

Guillermo Henríquez y Andrés Tello
Universidad de Concepción - Chile

RESUMEN

En este trabajo se analiza la actualidad de las reflexiones de Simmel en torno a la cultura occidental. En especial se trata de destacar su particular visión, respecto a los cambios culturales y sociales de inicios del siglo XX, en que expresa la tensión y el conflicto entre las culturas subjetiva y objetiva. En esta contradicción son factores claves los efectos que tiene sobre el individuo la división del trabajo y el consecuente desarrollo de la economía monetaria en la sociedad que conduce a una mercantilización y objetivación de los valores individuales y a un cambio en los modos de pensar que sólo es posible con el desarrollo de la gran urbe propia de las sociedades modernas.

Palabras Claves: <Cultura, Libertad, Individualidad, Economía Monetaria>

ABSTRACT

This paper analyzes the current relevance of Simmel's reflections on western culture. Specifically, it highlights his particular vision of the cultural and social changes of the early 20th century where he examines the tension and the conflict between subjective culture and objective culture. In this contradiction, the effects that the division of labor has on the individual and the consequent development of a monetary economy are key factors that lead to a mercantilization and objectivation of individual values and to a change in the ways of thinking that is only possible with the development of large cities in modern societies.

Key Words: <Culture, Freedom, Individuality, Monetary Economy>

Recibido: 06 Diciembre 2006

Aceptado: 19 Febrero 2007

INTRODUCCIÓN

Plantearse la tarea de hablar sobre la obra de Georg Simmel es una empresa a lo menos monumental, puesto que la inmensidad de temas que abarcan sus reflexiones nos lleva fácilmente desde los ámbitos de la filosofía, pasando por la metafísica y la estética, hasta las áreas iniciales de la psicología social y, por supuesto, hasta su particular manera de concebir la sociología como estudio de las formas de socialización. No obstante, la interconexión de las diversas temáticas tratadas por Simmel nos pueden llevar a un eje común que cruza gran parte de su trabajo, y que se evidencia de manera explícita en su obra más madura. A partir de este eje es que, nos parece que hablar de Simmel puede también entenderse como hablar de la inquietud propia del pensamiento moderno, de ahí la importancia de hablar hoy de su obra, prácticamente después de casi un siglo.

No pocos autores han destacado a Simmel como uno de los pensadores característicos de la modernidad, y esto porque sus reflexiones han atravesado con su influencia gran parte del pensamiento del siglo XX. Esta trascendencia de las ideas de Simmel se debe, como ya adelantábamos, a que expresan genialmente la inquietud de la modernidad, a saber: el destino de la cultura occidental, su expansión y transformaciones, y su repercusión en la fibra íntima de la sociedad; los individuos. Esta preocupación está desarrollada de manera magistral en lo que Simmel denominó el conflicto fundamental de nuestra cultura.

A partir de lo hasta aquí señalado vale la pena entonces plantearnos las siguientes preguntas: ¿Cómo expresa Simmel la inquietud moderna, el conflicto fundamental dado en el seno de la cultura? ¿Qué elementos aún vigentes podemos encontrar en sus reflexiones al respecto? Y no menos importante ¿En qué otros pensadores podríamos ver su rastro? Este trabajo busca, así, dar algunas luces en torno a estas interrogantes y recalcar a su vez que el simple hecho de que aún queden preguntas por hacernos en torno a Simmel debería ser la mejor explicación y motivación para abrir nuevamente el debate sobre las ideas contenidas en su obra, el cual está lejos de poder ser clausurado.

Guillermo Henríquez y Andrés Tello: El conflicto de la cultura moderna.

Reflexiones en torno a Georg Simmel

Ciencias Sociales Online, marzo 2007, Vol. IV, No. 1 (62 - 76).

Universidad de Viña del Mar-Chile

LA CULTURA COMO CONFLICTO ENTRE “ESPÍRITU OBJETIVO” Y “ESPÍRITU SUBJETIVO”

La preocupación por la libertad del espíritu individual en la sociedad fue un tema recurrente de los primeros filósofos de la modernidad, así, ya Rousseau, Kant y Hegel entre otros, se habían planteado el problema de la incorporación del sujeto en una espiritualidad más alta, colectiva, comunitaria. Esta incorporación, para nada sencilla, era afrontada con el espíritu romántico de la época que vio nacer en él, una y otra vez, los intentos filosóficos que buscaban ensalzar un individuo-sujeto que perpetuara la consolidación de los ideales progresistas del iluminismo occidental.

Si bien es cierto que Simmel vivió con mucha posterioridad a los más insignes representantes de ésta tradición (1), esto no impidió que fuera uno de los primeros pensadores que verdaderamente se planteó lo laborioso de esta empresa del espíritu. A inicios del siglo XX, Simmel desarrolló una singular visión respecto a los cambios culturales y sociales de su época que lo llevó a plantearse en términos críticos el optimismo cultural de la Ilustración, mucho antes que corrientes filosóficas como la Escuela de Francfort. Para comprender esta visión crítica es necesario partir desde una revisión de lo que Simmel entendió como cultura.

En un primer acercamiento, podríamos decir que para Simmel la cultura puede definirse por el acto de cultivar pero no tanto en su sentido natural, es decir, en el desenvolvimiento causal de fuerzas que habitan en el interior de un ser determinado (como sería por ejemplo el caso de las plantas) sino que, más bien, entendiendo cultivar como la antesala de la consumación de un Ser, tanto de su núcleo interno como de las “interacciones con nuevas injerencias teleológicas” con las que éste entra en contacto, con las que el Ser se expone y se altera. De acuerdo a esto, la cultura debe ser entendida también como una consumación del hombre, pero no cualquier consumación, sino que exclusivamente aquella que sirve como medio para la “formación de una unidad global anímica” y por ello, juntamente, para el desarrollo de nuestra “totalidad interna” (Simmel 1986a:121-125).

Esta idea primigenia de cultura, que reúne tanto al sujeto como al objeto (lo que lo rodea, su exterior), que engloba interioridad y exterioridad, puede, no obstante, escindirse, a juicio de Simmel, en una doble expresión de la cultura, la de cultura objetiva y la de cultura subjetiva. De acuerdo con Ritzer (1996), por cultura objetiva Simmel entenderá aquellas manifestaciones que las personas han producido, mientras que por cultura subjetiva se referirá a “la capacidad del actor para producir, absorber y controlar los elementos de la cultura objetiva” (Ritzer p. 305). Es en la relación histórico-social que establecerán estas dos formas de la cultura, precisamente, donde se experimentará la tensión y el conflicto, puesto que si bien la vida engendra “ciertas estructuras en las que encuentra expresión, en concreto, las formas de su consumación y manifestación” (2), estos productos de los procesos de la vida disponen, desde el instante de su surgimiento, una existencia propia y ajena al ritmo de la vida del individuo, desarrollando entonces una lógica, una regularidad, “una cierta rigidez e independencia muy alejadas de la dinámica espiritual que las creó” (Simmel 2000:315-316).

La vida que produce las distintas manifestaciones de nuestra realidad social, asiste paradójicamente a la enajenación de esa producción que se cristaliza como un ente automática y abrumador para la vida misma. Vemos así que en el desarrollo de la cultura objetiva, producto del cultivo individual, se da una separación con respecto al propio individuo que termina finalmente por trascenderle y que guía a un desarrollo histórico que “va en dirección de diferenciar cada vez más las realizaciones culturales objetivamente creadoras, de la situación cultural de los individuos” (Simmel 1986a:127). En esta diferenciación progresiva se fundan las grandes disonancias de la vida moderna, puesto que el acelerado y continuo desarrollo del espíritu objetivo encarnado en las formas culturales termina por asfixiar al individuo al hacer más limitada su capacidad “para utilizar este material para el cultivo personal” (ídem p. 129).

Basta tan solo mirar a nuestro alrededor para comprender hoy mucho mejor la preocupación simmeliana por la cultura subjetiva y su futuro; programas computacionales y tecnología de punta que invaden nuestra vida diaria, multiplicación de flujos de información y comunicación que traspasan las barreras espacio-temporales, aumento de los procedimientos burocráticos- legales de control y administración de lo social en la vida cotidiana, etc., nos permiten comprender cómo, al enfrentar lo social, el individuo tiene cada vez una menor posibilidad de cuestionarse los objetos que lo rodean y su funcionamiento (3) y cómo este desconocimiento no sólo se da con respecto a los elementos que nos rodean; también “nuestra vida espiritual, interna y comunicativa está llena de construcciones simbólicas (...) en las que hay almacenada una espiritualidad enorme, de la cual el espíritu individual no hace sino aprovechar una mínima parte”(Simmel 1977:564). Así, a través de una producción constante de nuevas formas culturales se va manifestando la vida, pero ésta “no se puede expresar a no ser en formas que son y significan algo por sí, independientemente de ella”, de tal modo se forja la contradicción “auténtica y continua” de la “tragedia de la cultura” moderna (Simmel 1986a:133-134). He aquí el conflicto propio de la cultura moderna.

Cassirer (2005) ha retomado estas reflexiones de Simmel señalando lúcidamente al respecto, que su carácter trágico reside en que los bienes que el hombre va creando constantemente -en crecimiento ascendente- le dejan de ser útiles puesto que al convertirse en algo meramente objetivo, en algo existente y dado de un modo real, el individuo, el Yo, ya no los puede abarcar y captar, es decir, la “aparente interiorización que la cultura nos promete lleva siempre aparejada, en realidad, una especie de autoenajenación” (Cassirer 2005). Sin embargo, al evaluar el carácter de la tragedia de la cultura en el pensamiento simmeliano hay que ser cuidadoso, puesto que no debe interpretarse la posición de Simmel (4) como la de un pesimista. Por el contrario, en los escritos de Simmel se entiende más bien que el desarrollo del espíritu subjetivo de la cultura puede lograrse sólo “si reconoce, asume y hace propio lo que encarnan las objetivaciones culturales, condición que puede alcanzar si le resultan reconocibles y afines”, es decir, como lo ha señalado un acucioso artículo de Ramos Torre (2000) sobre esta materia específica, si bien es cierto que la gran empresa heroica del espíritu puede acabar en el fracaso, la deriva trágica “no se presenta como fatalidad inscrita en el desarrollo cultural, sino sólo como un riesgo” (5). El destino de la cultura moderna está, entonces, abierto a la oportunidad de prevaencia de la cultura subjetiva, en una aparente dialéctica que no necesariamente encuentra su síntesis en el ocaso

inevitable y agónico de una sumisión progresiva del espíritu subjetivo en la cultura objetiva.

Ahora bien, antes de revisar las posibilidades potenciales del espíritu subjetivo de la cultura que pueden desprenderse de una interpretación actual de la obra simmeliana, asistida por el rastreo de la huella que sus ideas han dejado en autores posteriores, es necesario dar cuenta de los factores que son claves en el desarrollo de lo que Simmel entendiera como cultura objetiva.

LA DIVISIÓN DEL TRABAJO Y SUS EFECTOS EN EL INDIVIDUO

La ampliación de una comunidad o grupo social específico, es decir, lo que Simmel entendiera también como un círculo social, sea, por ejemplo, el de un pequeño pueblo o una tribu, conlleva al mismo tiempo una ascendente diferenciación en las actividades y relaciones de los individuos que le dan forma. De manera similar, frente al crecimiento de las ciudades (6), se asiste también a una ampliación de un círculo social, posible de ver gráficamente en el origen de estas ciudades, o sea, en el paso de los feudos medievales a las pequeñas ciudades del siglo XVI y XVII que fueron la base de las actuales metrópolis. Esta ampliación, como ya se adelantaba, conllevó una inevitable transformación en la forma organizacional interior al círculo; así, la especialización de las tareas corresponde tanto al aumento del número de los individuos como a las nuevas necesidades que este crecimiento implicó.

Estos planteamientos guardan, en parte, una evidente similitud a los sostenidos por Emile Durkheim (1995), pensador contemporáneo a Simmel y que estaba al tanto de sus trabajos (7). Durkheim planteaba la división del trabajo social como un efecto de la transformación organizacional y estructural de las sociedades, en lo que él entendió como el paso de una solidaridad mecánica a una solidaridad orgánica. Esta transformación, a juicio de Durkheim, se constituyó como la característica principal de un proceso de creciente industrialización y ascendente densidad demográfica en las capitales europeas de principios del siglo XX. Si bien es cierto que estos argumentos coinciden con lo observado por Simmel (principalmente el que hace referencia a la densidad demográfica) existe una diferencia crucial entre nuestro autor y el sociólogo francés, a saber: la división y diferenciación de las especialidades en el trabajo responden estrictamente para Simmel a su sujeción a la economía monetaria.

Es en este último sentido, que veremos con mayor profundidad más adelante, en el cual se entiende la perspectiva crítica que asume Simmel respecto a una división del trabajo que “requiere del individuo particular una realización cada vez más unilateral, cuyo máximo crecimiento hace atrofiarse bastante a menudo su personalidad en su totalidad” (Simmel 1986a:259-260). De este modo, las reflexiones de Simmel van orientadas principalmente a señalar cómo la división del trabajo acaba sus productos “a costa del desarrollo del productor” (Simmel 1977), a costa de su individualidad, convirtiendo su fuerza de trabajo también en una mercancía.

Siguiendo estas ideas, vemos como la obra de Simmel se encuentra bastante cercana a la idea de Marx sobre la fetichización de la mercancía pero, no obstante, en Simmel esta noción no se restringe, como en Marx, al ámbito infraestructural de la economía sino que se encuentra ampliada a todo el ámbito cultural y social, puesto que la

división del trabajo, según él, “deseologiza y anonimiza el mundo social” bloqueando el “sentido propio del obrar” (Ramos Torre 2000:52). De aquí la importancia de la obra de Simmel para el desarrollo posterior del concepto de cosificación de Lukács, clave también para la primera escuela de Frankfurt.

György Lukács, discípulo de Simmel y de Max Weber y estudioso de Marx, dedicó parte importante de su trabajo al problema de la mercancía, el cual es, a su juicio, central en todas las manifestaciones vitales de la sociedad capitalista, “la esencia de la estructura de la mercancía (...) se basa en que una relación entre personas cobra el carácter de una coseidad(...) una objetividad fantasmal que con sus leyes propias, rígidas(...), esconde toda huella de su naturaleza esencial, el ser una relación entre hombres”(Lukács en Beriain e Iturrate (eds.) 1998:219-221). De esta manera, con la aparición y desarrollo del sistema de producción capitalista nos encontraríamos paralelamente en un mundo ya no de seres humanos sino que de mercancías, que en su movimiento en el mercado hacen surgir un mundo de cosas y relaciones cosificadas.

Podemos apreciar entonces que el fenómeno de la cosificación se expande desde la esfera del trabajo y los procesos de producción hasta la totalidad de las relaciones sociales, y por ende, estaría íntimamente ligado al desarrollo de la economía monetaria en los términos que Simmel la planteó décadas antes. De acuerdo con esto, el análisis del conflicto de la cultura moderna en Simmel debe pasar también por el análisis del papel que juega en ella la economía monetaria.

LA ECONOMÍA MONETARIA COMO TRANSFORMACIÓN EN LAS FORMAS DE RELACIÓN INTERPERSONAL, EN LA INDIVIDUALIDAD Y LA RAZÓN

Palacios (2005) sostiene que el propio Simmel al estudiar la economía monetaria pretende principalmente “dar cuenta de las interacciones sociales cotidianas y sobrepasar el materialismo histórico, de manera de explicar el orden económico como el resultado de valores y condiciones psicológicas”. De aquí la preocupación de Simmel por lo cotidiano, por las formas de socialización y conformación de los grupos sociales, por los entramados de relaciones y la cristalización de éstas en organizaciones e instituciones, por las relaciones diádicas y las configuraciones propias de la individualidad experimentadas en los cambios de su época.

De todo lo anterior se desprende, como bien ha sugerido Frisby (1988), que Simmel centrara sus reflexiones en los fragmentos fortuitos de las interacciones sociales, en el gesto comúnmente imperceptible para el observador presuroso, en las delicadas e invisibles tramas que son los momentos móviles de cada interacción, en el recuadro opacado de lo social. Una vez realizado este ejercicio, el antes fragmento azaroso no es ya un mero fragmento: lo ‘único’ contiene lo ‘típico’, lo fugaz es la ‘esencia’. “Cada fragmento, cada instantánea social contiene en sí mismo la posibilidad de revelar ‘el significado total del mundo como un todo’”. Todas estas interacciones fugaces, como hilos imbricados que se tejen velozmente sugieren, a juicio de Frisby, una imagen que se puede aplicar también a la noción de sociedad de Simmel: el laberinto. Esto último es clave, puesto que en esta imagen de la sociedad implícita en la obra simmeliana es fundamental el dinero ya que éste “no simboliza el mero movimiento de la sociedad concebida como laberinto, su función dentro del intercambio también crea todas las

conexiones que constituyen el laberinto económico. Es la araña que teje la tela de la sociedad” (Frisby, en Picó 1988:61-70. Las cursivas son nuestras).

Es entonces el dinero el flujo conector de la sociedad, más aún, la economía monetaria convierte a todo el “mundo civilizado en un único círculo económico de intereses recíprocos” (Simmel 1986b:779). Podríamos decir que con esto Simmel está aludiendo a una refundación del vínculo social mediante los mecanismos de la economía monetaria. Así mismo, de la mano de esta mega-articulación, el dinero produce a la vez una enorme individualización del hombre económico en varios sentidos; entre los más importantes podríamos mencionar el salario en vez de especies y con ello mayor libertad en la disposición de los recursos individuales; poder de compra o libertad aparente otorgada por el dinero en una sociedad que ha devenido mercancía; competencia libre (8), y la especialización de actividades que, finalmente, conlleva a una mayor explotación y administración mercantil de las potencialidades individuales.

Estos efectos de individualización de la economía monetaria, que para algunos pareciesen ser positivos, esbozan una aparente libertad individual que puede ser inmediatamente distorsionada tras el análisis, que hace Simmel, de sus consecuencias colaterales: la economía monetaria actúa como un mecanismo homogenizador de los valores, reductor de la especificidad y la particularidad de las cosas. El valor de cambio se extiende, al igual que la fetichización, en todo el laberinto de relaciones sociales. La “multiplicidad valorativa” del dinero termina, por ende, en una “violencia a los valores personales que elimina su esencia” (Simmel 1977:534). De esta manera es como “la indiferencia frente a las distinciones personales ya no permite que el valor del ser humano resida en lo que otros sujetos poseen o pierden en él, sino que convierte a aquel valor en algo objetivo, expresable en dinero que revierte sobre él mismo” (op. cit. p. 442). El valor de cambio generalizado termina, entonces, por disminuir los valores individuales,; por expropiarlos mediante la mercantilización y la objetivación que le es constitutiva.

Así como la economía monetaria termina por repercutir fuertemente en la personalidad y sus valores propios, el dinero se convierte a la vez en una de las principales formas de socialización, sustentando relaciones vacías, carentes de algún componente afectivo, meramente instrumentales. Simmel ha dado cuenta de esto con formidables ejemplos cotidianos que a nuestros ojos parecieran estar totalmente naturalizados: “cuando compro algo por dinero, me es indiferente a quién le compro, siempre que sea lo que deseo y se ajuste al precio que quiero pagar”. Y en el mismo sentido apunta también, “la observación que aparece en los billetes de banco de que su valor será pagadero al portador sin necesidad de comprobación de identidad es significativa de la objetividad absoluta que se da en las cosas del dinero” (ídem, 547)

Pero quizás uno de los mayores impactos de la economía monetaria sea la transformación que produce en la misma forma de pensar. En este sentido, mucho antes que las reflexiones de Dialéctica de la Ilustración de Adorno y Horkheimer (1998), que sentenciaban que la razón ilustrada “ha quemado hasta el último resto de su autoconciencia” degenerándose con ello la razón misma, Simmel ya había lanzado una elaborada crítica al proyecto ilustrado carcomido por la economía monetaria cuando señalaba que “la concepción racionalista del mundo (...) se ha convertido en la escuela del egoísmo contemporáneo y del triunfo total de la individualidad(...) el

resultado de ello es que lo único que aparece real y simplemente 'lógico' es la actuación en el propio interés" (ídem, 550). Más aún, Simmel apunta su dardo en una incipiente crítica al nuevo logos de la racionalidad ilustrada, que los teóricos de Francfort luego llamarán "totalitarismo del matema", al recalcar que el racionalismo de la modernidad "hace patente la influencia del dinero" ya que "las funciones espirituales, con cuya ayuda la época moderna da cuenta del mundo y regula sus relaciones internas – tanto individuales como sociales- se pueden designar, en su mayor parte, como funciones de cálculo" (ídem, 557). De aquí que no nos parece arriesgado señalar incluso que los postulados de Habermas (1999), que evalúan la condición actual del desarrollo de nuestras sociedades, en términos de una colonización del mundo de la vida por mecanismos de mando sistemático de dinero y poder a través de una racionalidad y acción instrumental, no sean más que una réplica algo retocada de todas las reflexiones hasta aquí desprendidas de la obra de Simmel, que van de la mano con el desarrollo de la economía monetaria y su injerencia en el desarrollo más asfixiante del espíritu de la cultura objetiva sobre la cultura subjetiva (9).

EL CONSUMO, LA CIUDAD Y LA ARENA DE COMBATE ENTRE CULTURA OBJETIVA Y CULTURA SUBJETIVA

El conflicto entre el espíritu objetivo, (impersonal y general) y el espíritu subjetivo (en su especificidad), es aquel al que sólo la ciudad puede dar lugar; porque, como bien se ha señalado, el proceso de objetivación descrito por Simmel ocurre en "un contexto específico, pero da cuenta del fenómeno que está al centro de la condición moderna, cual es el encuentro violento entre el mundo interno del individuo y el mundo externo" (Palacios 2005), encuentro que es imposible concebir fuera de las grandes urbes modernas que constituyen la consagración de los procesos de industrialización y los ideales de progreso de la modernidad. De aquí que para Simmel la esencia de la modernidad está en la interpretación de la experiencia y la incorporación realizada por el individuo "del flujo y ritmo del mundo externo (...) y con ello, la experiencia de la modernidad se vuelve presente inmediato; el habitante de la gran ciudad ya no puede escapar de ella ni posponerla porque la ha incorporado a su respiración" (op. cit.).

Simmel entonces está particularmente preocupado de cómo afectan a los individuos los procesos de cambio vividos en su época, es decir, de cómo repercute el conflicto de la cultura en sus propios participantes. De ahí que se pueda establecer una analogía entre las reflexiones teórico-metodológicas de Simmel y el pensamiento de Baudelaire sobre la modernidad trabajado a fondo por Marshall Berman (1998). Al igual que Simmel, el poeta francés, caracterizado como el poeta moderno por excelencia, hace hincapié en "cómo la modernización de la ciudad inspira e impone a la vez modernización de las almas de sus ciudadanos" (Berman, p. 146), imponiéndoles por ello también las mismas contradicciones que animan sus calles.

No obstante, insistimos que Simmel fue el primer sociólogo en analizar y desmenuzar tan agudamente las vivencias del habitante urbano. De ahí que sea importante su influencia para investigadores y teóricos como, por ejemplo, los de la Escuela de Chicago que adoptaron, años después de Simmel, la concepción de lo urbano como forma de vida, es decir, dejando de lado una visión de la ciudad centrada solo en lo físico o material del espacio que ésta ocupa y adoptando más bien una perspectiva

que toma conjuntamente a los elementos demográficos de la población de una ciudad (sean cantidad, densidad, etc) y la influencia de estos en los cambios experimentados por las relaciones sociales y las formas de socialización, y por lo tanto afectando la condición interna del habitante urbano (Wirth 2005).

La mirada de Simmel, dirigida en la misma dirección que adoptó luego la Escuela de Chicago, le permitió observar magistralmente como la vida citadina se caracteriza por un tipo de individualidad urbanita acechada por un acrecentamiento nervioso producto de los rápidos e ininterrumpidos intercambios de impresiones internas y externas a los que el individuo se ve expuesto. Ante estos múltiples y veloces estímulos sensoriales que lo afectan el urbanita “se crea un órgano de defensa” que remite al “entendimiento” y, por ende, a la conciencia, es decir, al desarrollo de un “preservativo de la vida subjetiva” frente a la violencia de la gran ciudad. De aquí se deriva un “fenómeno anímico” constituyente de la vida urbana, a saber, la indolencia. Esta última es consecuencia también de los diversos estímulos nerviosos que “se mudan rápidamente y se apiñan en sus opuestos” ante los cuales se produce un embotamiento y las cosas se terminan percibiendo como nulas, opacas. Este sentimiento sería el fiel reflejo subjetivo de la economía monetaria completamente triunfante, puesto que es el dinero el que opera socavando el valor específico. Esta indolencia no sólo termina por desvalorizar todo el mundo objetivo sino que también la propia personalidad. Además es este “apartamiento indolente” una de las principales formas de socialización dadas en la urbe moderna (Simmel 1986a:251-252).

Llegados a este punto crucial de la caracterización del urbanita realizada por Simmel, nuevamente encontramos similitudes con la lectura del paseante urbano que, desde Baudelaire, realiza W. Benjamin (1998): el flâneur, el paseante en la multitud, va de un anaquel a otro, sin comprar nada, el bazar es su última comarca. Es un “abandonado en la multitud. Y es así como comparte la situación de las mercancías (...) le penetra venturosamente como estupefacción que le compensa de muchas humillaciones. La ebriedad a la que se entrega el flâneur es la de la mercancía arrebatada por la rugiente corriente de los compradores” (Benjamin p. 70-71). Esta descripción de Benjamin es crucial puesto que “la obra de los pasajes” (como se conoce éste y un gran conjunto más de trabajos del autor que no fueron terminados) nos muestra una nueva arista de la vida urbana y del hombre moderno, a saber, “los pasajes comerciales como símbolo del mundo de la mercancía, del capitalismo en la época del consumo de masas, de la mercancía y su valor fantasmagórico desde la perspectiva ya del consumo y no de la producción” (González García 2000:91). Este vuelco es trascendental y constituye otra característica más que se le debe a la obra de Simmel que, con anterioridad a Benjamin, produce un verdadero cambio de paradigma, fundamental y significativo para un análisis distinto de la modernidad y el papel que en esta juega la economía monetaria: “El secreto del fetichismo de la mercancía ya no reside, como en Marx, en la esfera de la producción, sino que se traslada a la del consumo. Ya no se trata tanto de la alienación del individuo en el trabajo (...) sino de analizar la alienación producida por el consumo masivo de mercancías. El fetichismo de la mercancía se traslada desde el productor al consumidor” (op. cit. p. 87).

De esta manera, vemos como Simmel fue también visionario al trasladar la preocupación de la investigación teórica y empírica a la esfera del consumo como eje central de la economía monetaria, su consagración en la gran ciudad y su posterior expansión a través de los distintos recursos tecnológicos y de comunicación masiva,

dotando de una actualidad evidente sus planteamientos. Así, el proceso de objetivación de la cultura y los valores personales se completa, como bien señala Frisby, “con la movilidad impersonal e independiente de las mercancías, que alcanza su apogeo en las máquinas expendedoras y en las tiendas de 5 centavos” (Frisby en Picó 1988:74).

FORMAS DE LIBERTAD Y CULTURA SUBJETIVA

Habiendo pasado revista a los principales aspectos que caracterizan a la cultura objetiva, llega el momento de referirnos a las posibilidades potenciales que, para Simmel, tendría el espíritu subjetivo de la cultura. Previamente es necesario dejar en claro que no hay ningún trabajo donde Simmel haya manifestado explícitamente y de manera exhaustiva sus planteamientos al respecto; no obstante, podemos leer entre líneas los espacios que, con mesura, Simmel observó para el desarrollo de una cultura subjetiva.

Sabemos que Simmel sostuvo que el individuo siempre conserva algo de libertad, pero claramente hay más posibilidades de libertad en los grandes círculos sociales, es decir, en grandes grupos de intereses y valoraciones comunes, que son, dada su amplitud, menos coercitivos para el individuo. Es por ello, que, a nuestro entender, las formas de libertad son realmente posibles en la urbe moderna, cuna del cosmopolitismo, puesto que es aquí -siguiendo los postulados simmelianos sobre los grupos sociales-, donde el individuo puede entrar en contacto con grupos más diversos, amplios y heterogéneos. Sabemos que cuanto mayor es el número de círculos sociales a los que el individuo ingresa, o de los que forma parte, menos posible es que en otros se dé la misma combinación; de lo que se desprende por tanto que la mayor pertenencia a distintos círculos sociales contribuye a una especificidad más acentuada en el individuo dada su combinación particular de círculos. Ahora bien, ciertamente mientras mayor es el número de círculos sociales a los cuales pertenecemos más fragmentada se vuelve nuestra personalidad, pero, paradójicamente, a juicio de Simmel, “al ser más variados nuestros intereses más conciencia se tiene de la unidad del yo” (Simmel 1986b:436-437). De esta forma, sostiene que “la individualidad del ser y del hacer crece, en general, en la medida en que se amplía el círculo social del individuo” (ídem p. 742). Ahora bien, si, efectivamente, encontramos una posibilidad de obtener mayor libertad en la pertenencia a un mayor número de círculos sociales, esto no significa necesariamente que a través de mayores interacciones consigamos cultivar una cultura subjetiva, puesto que al igual que el vendedor de seguros o el traficante de drogas, podríamos interaccionar cotidianamente con múltiples círculos sociales pero sin escapar de las formas de socialización sustentadas por la economía monetaria.

En la búsqueda de una salida nos encontramos nuevamente con la figura de Baudelaire. Para el poeta francés la modernidad se caracterizaba por “lo efímero, lo contingente. La mitad del arte cuya otra mitad es eterna e inmutable” (Berman 1988:146). De aquí que para Baudelaire, la tarea del artista es destilar lo eterno en lo transitorio; el artista de la vida moderna debe correr en busca de la belleza fugaz que encuentra en la multitud localizada en la metrópolis (Frisby en Picó 1988:55).

Ahora bien, sabemos que todo en la urbe moderna se vuelve fugaz y efímero dada la interconexión de flujos y el laberinto propio de la economía monetaria, no obstante, es aquí, en “la diferenciación consecutiva de las mercancías”, donde encontramos un fenómeno de particular interés tanto para Baudelaire como para Simmel, nos referimos a la moda. Es en este fenómeno en particular donde se destaca una necesidad del individuo por afirmar su personalidad, es decir, de “ser-diferente”, “destacar-se”, “hacerse-notar”, lo que lo llevará a las más raras extravagancias y caprichos (10). Se puede ver aquí el germen de la moda como fenómeno. El predominio de estos impulsos por intentar, en la brevedad y la rareza pasajeras, acentuar la personalidad unen a Simmel -en cierta medida- con lo apuntado anteriormente por Baudelaire respecto a la modernidad como lo efímero por excelencia; como el afán por el momento transitorio que encierra lo trascendente. Pero ¿en qué medida el acentuar la personalidad a través de la moda constituye la liberación del espíritu subjetivo?. Si bien en Simmel, como ya se dijo, no hay una respuesta clara, siendo rigurosos, no parece ser la moda una forma a través de la cual nuestro autor crea posible la liberación del espíritu subjetivo de la cultura, aunque ciertamente destaca de ella su posible función como “máscara tras la cual puede ocultarse el individuo para mantener un espacio íntimo de libertad y de autonomía en el que se realiza su propia voluntad (...) ocultarse tras la máscara del perfecto cumplimiento externo de las normas de adecuación al grupo comprando con ello toda la libertad que es capaz de deparar la vida y pudiéndose concentrar tanto mejor en lo que es para ellas íntimo y esencial” (González García 2000:89). Pero vista de esta manera, la moda no parece representar entonces una opción para la libertad muy distinta a la que nos otorga también el secreto (11).

Por otro lado, analizando más a fondo las ideas de Simmel sobre la moda podemos señalar que “es posible ver toda la historia de la sociedad como un compromiso dialéctico último entre dos tendencias: la adhesión y la absorción en un grupo social por un lado, y la diferenciación individual y distinción de los miembros de un grupo, por el otro” (Frisby en Picó p. 76). Una vez pensada así, la moda no constituye más que otro elemento de la cultura objetiva, dado su carácter exterior al individuo y su desarrollo en el seno de la cultura material y técnica de la economía monetaria.

Ahora bien, una vez descartada la moda podríamos caer en el juicio de que Simmel era un pesimista que no veía una salida al conflicto de la cultura.

¿Dónde puede estar entonces la posibilidad del desarrollo del espíritu de la cultura subjetiva? Si leemos atentamente a Simmel, en una primera instancia, nos parecerá encontrarla, más cerca de lo que creemos, en el arte. Si no nos equivocamos a esto se refiere Simmel cuando escribe que “El arte es nuestro sentimiento de gratitud hacia el mundo y hacia la vida. Después de que ambos han creado las formas de aprehensión, sensoriales y espirituales, de nuestra conciencia, se lo agradecemos en tanto que con su ayuda creamos otra vez un mundo y una vida”(Simmel 1986a:216). De acuerdo a esto, compartimos en parte entonces lo que ha señalado el revisionista de Simmel, J. González (2000) con respecto al papel del arte y la estética en el pensamiento de Simmel, considerados “como única forma de liberación posible, como ‘alivio del confuso torbellino de la vida’, como manera de procurarnos reposo y conciliación más allá de los movimientos y contradicciones de la vida moderna” (González García p. 94). No obstante, planteada de esta forma la liberación del espíritu subjetivo de la cultura, aun se pueden tener ciertos reparos con estos planteamientos demasiado superficiales

sobre el papel del arte y la estética, puesto que no se debe olvidar que para Simmel la esfera del arte, al igual que la de la religión, el derecho, el lenguaje y un sin fin de otras formas sociales de la cultura moderna, no son más que una parte constituyente de la tradición, de la herencia, que nos lega la cultura objetiva y la cual nos es en gran parte ajena, extraña, dada su imbricación y selección de valor a través de los mecanismos de la economía monetaria.

Por todo lo anterior, nos parece que de ninguna manera es en una visión privilegiada del arte y la estética donde Simmel cree encontrar esperanzas plausibles para el futuro adverso de la cultura subjetiva. Las fuentes de esperanzas para una modernidad irrigada cada vez más por la cultura objetiva están, a nuestro entender, contenidas en un breve párrafo que Simmel le dedica al problema de la originalidad y en el cual señala que:

“aceptar una forma objetiva supone la pérdida de toda individualidad humana: además, se adulteraría su vitalidad al congelarla dentro del molde de lo ya caduco. Lo que en estos casos hay que salvar no es la individualidad de la vida, sino la vida de la individualidad. La originalidad, es por así decir, la ratio cognoscendi que nos asegura que la vida es pura por sí misma y no las formas que son su expresión, objetivación y solidificación dentro de su fluir. Esto es quizás un motivo subliminal, no explícito pero poderoso, que subyace al moderno individualismo” (Simmel 2000:323).

Aquí Simmel expresa la potencialidad que a su parecer tiene el individuo de la modernidad para liberar el espíritu de su cultura subjetiva, es el heredero quien firma el testamento dejado por la cultura objetiva, quien puede apropiárselo, la originalidad en este sentido está relacionada también con la creación, con como se crean y pueden crearse nuevos modos y actos de apropiación incluso de la masificación mercantil de la economía monetaria.

La apuesta de Simmel ante el conflicto de la cultura moderna sería, finalmente, por el desarrollo desde lo dado, entendido como cultura objetiva (puesto que sería imposible de otra forma), de una capacidad de experimentación, de originalidad, que desmonte toda objetivación o solidificación cultural. Esta operación por tanto no compete solamente al ámbito privativo del arte, sino que también al del lenguaje, de la ciencia, la moral, las costumbres y las prácticas más íntimas y cotidianas, en general, a todas aquellas otras dimensiones de la vida dominadas por la economía monetaria y que son parte de la cultura objetiva.

Entendemos que, principalmente, esta capacidad de originalidad es potencialidad de un sujeto, pero no de un sujeto autorreflexivo como el propuesto por los filósofos de la modernidad y que para Simmel se encuentra corroído por la economía monetaria, sino de un agente capaz de crear una vida cimentada desde su propia originalidad, desde su fluir interior, que pueda convertirse en una alternativa, en tanto que vida singular, a las formas solidificadas de la cultura objetiva. Con ello, creemos que la obra de Simmel goza de una vigencia particular, pues se plantea con gran claridad problemas culturales que atañen hoy a nuestras sociedades y nos da luces de las alternativas hacia las cuales deberíamos dirigir nuestras miradas y orientar nuestras prácticas.

NOTAS

1. Georg Simmel nace en la ciudad de Berlín en 1858 y muere en 1918. La mayor parte de su obra esta concentrada en el último decenio del siglo XIX y el primer decenio del siglo XX.
2. Es decir, produce las formas religiosas, el conjunto de conocimientos científicos y técnicos, la organización jurídico-legal, etc.
3. Esto se hace más notorio aún en los grupos etéreos mayores y en los sectores sociales de menores recursos económicos
4. Como lo han hecho Cassirer, S. Mas y, en cierta medida, D. Frisby
5. Un trabajo más agudo respecto a la idea de “tragedia” en Simmel y de donde se extraen estas últimas reflexiones se puede revisar en el artículo de Ramos Torre, Ramón (2000). “*Simmel y la tragedia de la cultura*”, en Revista Española de Investigaciones Sociológicas N 89 Enero-Marzo. Monográfico Georg Simmel en el centenario de Filosofía del Dinero.
6. Crecimiento característico del desarrollo de la cultura moderna y su impronta de progreso, y que Simmel conoció y analizó profundamente al vivenciar la gestación de Berlín como una metrópolis a comienzos del siglo XX
7. Para ahondar en este punto, la tensa relación Simmel/Durkheim, ver la obra de David Frisby (1990) “Georg Simmel”, Fondo de Cultura Económica, México,. Especialmente las páginas 227 y 238.
8. En este sentido Simmel es también visionario con respecto a la consolidación actual del liberalismo económico como característica principal de la economía monetaria
9. Sería interesante ahondar más en las similitudes que incluso se podrían encontrar entre la teoría habermasiana en su aspecto más crítico con el eje de análisis mundo de la vida/sistema y la obra de Simmel con el eje de cultura subjetiva/cultura objetiva.
10. Al respecto ver Simmel, Georg (1986a). “*Las grandes urbes y la vida del espíritu*” en “*El individuo y la libertad*”. Editorial Península. Barcelona, Pág. 259.
11. Sobre el secreto ver especialmente el capítulo V de Simmel, Georg (1986b). “*Sociología: Estudios sobre las formas de socialización*” v. I y II. Editorial Alianza, Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

Adorno, T. y Horkheimer, M. 1998 Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos. Ed. Tratta, Madrid.

Benjamin, Walter. 1998. Iluminaciones II. Poesía y capitalismo. Ed. Taurus. Madrid.

Berman, Marshall. 1988. "Baudelaire: el modernismo en la calle" en Todo lo sólido se desvanece en el aire. Editorial siglo XXI. Madrid

Cassirer, Ernst. "La Tragedia en la Cultura" en www.philosophia.cl

Durkheim, Émile. 1995 De la división del trabajo social. Ed. Akal. Madrid.

Frisby, David. 1990. Georg Simmel. Fondo de Cultura Económica, México,

Frisby, David. 1988. "Georg Simmel, primer sociólogo de la modernidad" en Picó, Josep (comp.) Modernidad y Postmodernidad, Editorial Alianza, Madrid.

González García, José M. 2000. "Max Weber y Georg Simmel: ¿dos teorías sociológicas de la modernidad?" en Revista Española de Investigaciones Sociológicas N 89 Enero-Marzo 2000. Monográfico Georg Simmel en el centenario de Filosofía del Dinero.

Habermas, Jürgen 1999. Teoría de la acción comunicativa. Ed. Taurus, Madrid.

Lukács, György. 1998. "Historia y conciencia de clase" fragmento publicado en Beriain, Josetxo y Luis Iturrate editores. Para comprender la teoría sociológica. Ed. Verbo Divino, Madrid.

Palacios, Rosario. 2005 "La metrópolis como cultura material" en bifurcaciones [online]. núm. 4, URL: www.bifurcaciones.cl/004/Simmel.htm.

Ramos Torre, Ramón. 2000 "Simmel y la tragedia de la cultura", en Revista Española de Investigaciones Sociológicas N 89 Enero-Marzo 2000. Monográfico Georg Simmel en el centenario de Filosofía del Dinero.

Ritzer, George. 1996. Teoría sociológica clásica, Ediciones McGRAW-HILL, México.

Simmel, Georg. 1977. Filosofía del Dinero. Instituto de Estudios Políticos, Madrid

Simmel, Georg. 1986a. El individuo y la libertad. Ediciones Península, Barcelona

Simmel, Georg. 1986b. Sociología: Estudios sobre las formas de socialización Vols. I y II. Editorial Alianza, Madrid

Simmel, Georg. 2000 "El conflicto de la cultura moderna" en Revista Española de Investigaciones Sociológicas N 89 Enero-Marzo 2000. Monográfico Georg Simmel en el centenario de Filosofía del Dinero.

Wirth, Louis. 2005 "El urbanismo como modo de vida". En *bifurcaciones* [online]. núm. 2, URL: www.bifurcaciones.cl/002/reserva.htm